

# EL SISTEMA ESCOLAR SUIZO: FACTORES Y REALIDADES (1)

Por LUIS BATANAZ PALOMARES

## 1. INTRODUCCIÓN

Es ya un tópico afirmar que la educación española se encuentra en una etapa decisiva.

Es posible que uno de los problemas más arduos que hayan de resolver los políticos y los administradores de la educación española actual sea la búsqueda de modelos. En este sentido puede ser muy significativo el hecho de que en el último lustro apenas se han publicado en España estudios meditados de Educación Comparada. De este modo, posiblemente se esté perdiendo una de las más poderosas potencialidades que ofrece la Educación Comparada, la cual, como ha dicho García Hoz, puede considerarse «como trabajo previo a cualquier reforma o planeamiento de la educación».

El presente trabajo pretende ser una modesta aportación en este ámbito. Y nótese bien que nos hemos ocupado de un país —la Confederación Helvética— que ofrece peculiaridades muy vinculadas con algunas de nuestras circunstancias. Se trata, en efecto, de un país  *europeo, modesto y pobre* en recursos naturales. Hemos de reconocer que el momento actual de la educación española se halla casi exclusivamente dominado por el poderoso y amplio espectro de los modelos norteamericanos.

Pensamos que no estaría mal detenernos, al menos alguna vez, a estudiar dinamismos más próximos a los nuestros.

## 2. LOS FACTORES DE LA EDUCACIÓN HELVÉTICA

### 2.1. *La Historia*

Lo que hoy es la Confederación Helvética comenzó a estar habitado al final de la era de las grandes glaciaciones. Sus primitivos habitantes fueron reemplazados por los celtas, una de cuyas tribus era precisamente la de los fieros e indómitos *helvetas*, feroces enemigos de la romanización que, al fin, fueron vencidos y sojuzgados por las huestes de Julio César tras la batalla de *Bibracte*, cerca de Autun, en la Borgoña actual.

A raíz de la desmembración del imperio romano comienza el paso sucesivo de diferentes pueblos dominadores que van dejando la huella de su organización y de su carácter. Llega primero, por razones de proximidad, la dominación de los *borgoñones*, la cual, muy pronto, es barrida por los *alamanes*. Estos, lo mismo que los últimos residuos de sus predecesores, son dominados a lo largo del siglo VI por los *francos*. Paulatinamente van siendo borradas las huellas de la no muy intensa romanización del territorio helvético. Algunas tribus más profundamente romanizadas —los *rhetes*— deben refugiarse, para subsistir, en los más inaccesibles valles alpinos. Más tarde, ya en el siglo XV, termina de perfilarse el mapa histórico-racial de la Confederación cuando los *lombardos*, de origen germano, pero de cultura latina, ocupan los valles de la parte meridional de los Alpes.

La historia de Suiza, hasta finales del siglo XIII, sólo registra, como hecho especial, la lenta y progresiva instalación de hombres de diferentes razas y culturas en los lugares más inhóspitos de Europa, manteniéndose, dentro de lo posible, al margen de las luchas que dinastías y grandes señores mantuvieron durante ocho siglos a lo largo y ancho del viejo continente antes de la constitución del Imperio Romano-Germánico. Las comu-

nidades rurales de origen germánico habían puesto en práctica un sistema de propiedad colectivo (allmend) que coexistía con la propiedad individual. Por su parte, las comunidades de origen franco habían hecho cuajar una organización social basada fundamentalmente en el dominio y el trabajo de la tierra. Y así, incluso coexistiendo con el dominio de diferentes reyes o señores, una gran cantidad de campesinos lograron permanecer independientes. De este modo se consolidan tres de los grandes factores históricos del pueblo suizo: una profunda aversión a todo género de dominación; la aparición de una sociedad de derecho y la victoria sobre la concepción económica y política del feudalismo.

Es justamente dentro de este contexto, en el año 1291, cuando se registra la aparición oficial de la nación suiza. Tres comunidades rurales alpinas —Uri, Unterwald y Schwytz— firman el pacto que da origen a la Confederación Helvética. Las primeras palabras de este pacto —firmado en latín— constituyen todo un mensaje para el futuro y, a lo largo de los siglos, siguen conservando una frescura y una vigencia inalterables: «Es honorable y ventajoso confirmar los pactos que tengan por objeto la seguridad y la paz...» Aquí está la formulación más clara y permanente de la política de un país. Y desde este punto de vista es lícito afirmar que la Confederación Helvética es el más viejo estado europeo.

Hasta el siglo XVI Suiza intervino como nación en diversos hechos de armas, pero a partir de 1516, año en que firma un tratado de paz perpetua con Francia, la Confederación renunció a la política de gran potencia y adoptó de forma definitiva su política de neutralidad. A partir de esa fecha el país no ha participado como tal en guerra alguna, limitándose a limar sus propias dificultades internas y a trazar las vías de su construcción interior.

El moderno estado suizo es fruto de esa construcción y de factores externos a él mismo. En 1648, a raíz del tratado de Westfalia, los cantones suizos son reconocidos como una entidad

jurídicamente independiente del Sacro Imperio. En 1815 el Congreso de Viena reconoce como estado soberano a la Confederación Helvética. En 1848 tiene lugar la adopción de la nueva constitución que crea, de forma definitiva, el moderno *estado federado* que hoy es Suiza y que termina con la acéfala federación de cantones que hasta entonces había sido <sup>1</sup>.

## 2.2. La Geografía

Suiza, desde el punto de vista geográfico, ofrece ciertas características que es preciso destacar. Se trata, para comenzar, de un pequeño país con una extensión de 41.288 kilómetros cuadrados, es decir, más o menos, el 0,5 por 100 de la extensión que ocupa Europa y bastante menos de la décima parte de la superficie de España. Pues bien: de esta superficie el 23,6 por 100 es improductiva, es decir, aproximadamente la cuarta parte de su suelo.

Suiza, por otra parte, posee fronteras con cinco países: Francia, Alemania, Austria, Italia y Liechtenstein, siendo la longitud total de sus líneas fronterizas de 1.882 kilómetros cuadrados. Posee 1.484 lagos naturales y 140 glaciares, que ocupan 1.950 kilómetros cuadrados de su extensión. Situada en pleno corazón de Europa, de su seno parten cinco cuencas fluviales de capital importancia para el viejo continente: El Rin, el Ródano, el Inn (afluente capital del Danubio), el Po y el Adigio, nacen muy cerca del corazón alpino suizo, en las proximidades de la cuna de Suiza, el paso del Gotardo.

Las montañas constituyen la medula geográfica de Suiza. Al Norte la cadena del Jura y al Sur la gigantesca masa alpina, dejan extenderse entre ambas la fértil y breve meseta suiza donde están situados los grandes emporios industriales y urbanos. Este predominio absoluto de la montaña constituye, acaso,

---

<sup>1</sup> Para una visión sintética, pero muy completa, de la historia de Suiza pueden consultarse las obras siguientes: MARTIN, W., *Histoire de la Suisse*, Lausanne, 1963; GILLARD, Ch., *Histoire de la Suisse*, París, PUF, 1968.

el rasgo geográfico más notable del país. Como lo ha subrayado muy bien Hans Tschaeni, «las montañas favorecieron la creación de la primera confederación; más tarde la protegieron... Es poco probable que esta primera confederación hubiera podido mantenerse frente a las grandes potencias feudales de la Edad Media si no hubiera podido aferrarse a las montañas y fundar sobre ellas su propia defensa»<sup>2</sup>.

El hecho de ocupar un terreno enormemente hostil, pequeño, difícilmente accesible y limitado por grandes naciones casi en su integridad, ha influido muy fuertemente sobre la entidad de la Confederación Helvética. El autor antes citado lo ha expresado de forma lacónica, pero rotunda: «Las montañas existían mucho antes de que nuestra historia comenzara y nos han hecho prudentes y conservadores»<sup>3</sup>.

Y más adelante añade: «Todo lo que puede comprender y ver en el espacio de una jornada se encuentra en el valle que habita el montañés. Es esta comunidad de destino, este espacio restringido lo que hay que proteger en la lucha constante del habitante de la montaña contra las fuerzas de la naturaleza»<sup>4</sup>.

De aquí es precisamente de donde arranca ese afán localista, callado y modesto, pero inmensamente eficaz del espíritu helvético.

### 2.3. Factores económicos

Pues bien: este pequeño país ocupa el quinto lugar mundial en la clasificación de las naciones tomando como criterio el volumen de su Producto Nacional Bruto. Sus 3.240 dólares de *renta per capita* sólo son aventajados por los Estados Unidos de América del Norte (4.840), Kuwait (4.111), Suecia (3.840) y Canadá (3.550)<sup>5</sup>.

<sup>2</sup> TSCHAENI, H., *Profil de la Suisse*, Lausanne, 1972, págs. 23-24.

<sup>3</sup> *Id. lb.*, pág. 24.

<sup>4</sup> *Id. lb.*, pág. 24.

<sup>5</sup> NORDMAN, R., y KELLER, P., *La suisse notre aventure*, Lausanne, 1972, página 15. El libro lleva el siguiente y sugestivo subtítulo: *De la penuria a la prosperidad*.

Ahora bien: La verdadera riqueza de Suiza no procede, como ocurre en otras ocasiones, de la producción de mercancías o de materias primas, sino de su transformación por la industria, la artesanía, las artes y los oficios. Con algunos datos se puede ilustrar perfectamente lo que hemos afirmado. Hay en el país unas 14.000 fábricas donde trabajan aproximadamente un millón de personas; pero hay también 200.000 empresas de artesanía, destinadas a realizar un trabajo de precisión y de alta calidad que no puede llevarse a cabo en la gran industria y que ocupan a otros tantos trabajadores.

Por otra parte, la distribución del empleo es muy expresiva: En 1965 el sector primario ocupaba sólo un 87 por 100 de la población activa, mientras que la industria y los servicios absorbían, respectivamente, un 53,6 y un 37,7 por 100. Dicha distribución, según recientes estudios, tiende a evolucionar de forma continua y se ha previsto que en el año 2000 revestirá la siguiente escala: Sector Primario, 4 por 100; Industria, 40 por 100, y Servicios el 56 por 100 de la población activa <sup>6</sup>.

Así, pues, como resultado de esta aproximación a la economía suiza podemos afirmar que, en realidad, el verdadero producto suizo, su auténtica riqueza, es el trabajo de calidad que deposita en las materias primas que compra. Lo que de verdad exporta Suiza es, por tanto, trabajo, lo que los economistas del país llaman «valor añadido». Se trata de un factor de tal importancia que él solo justifica un estudio de su potencial educativo. Este punto de vista explica lo que, de otra forma, serían sólo paradojas sin sentido. Por ejemplo: un abrumador porcentaje de su producción industrial se destina exclusivamente a la exportación (en algunos capítulos, como quesos, relojería y chocolates se exporta hasta un 90 por 100 de la producción). Por otra parte, las grandes ramas industriales suizas (metalurgia, relojería, industria químico-farmacéutica, textil y alimen-

---

<sup>6</sup> GRETLER, A., y otros, *La Suisse en devant de l'Education Permanente*, Lausanne, 1971, pág. 29.

ticia) tienen una enorme pujanza a pesar de que el país carece, prácticamente de la totalidad de sus materias primas. «Las únicas materias primas con las que podíamos contar —ha dicho Hans Tschäeni— eran el agua de nuestros ríos, las bellezas naturales de nuestro país y, ante todo, el gusto por el trabajo arraigado en nuestro pueblo»<sup>7</sup>. Es en la conciencia de este gran poder económico, surgido del tenaz esfuerzo de un pueblo, donde reside la clave del espíritu helvético. Bien es verdad que el lento milagro económico suizo dura ya más de 150 años y que ninguna guerra ha afectado a su infraestructura durante todo ese tiempo. Pero también es cierto que ya antes del Congreso de Viena, durante tres siglos, dos millones de mercenarios suizos habían servido de apoyo básico a una economía imperiosamente necesitada de mercado exterior. A cambio de la exportación de efectivos militares, los comerciantes suizos se beneficiaban de facilidades aduaneras y de exenciones de impuestos.

Tomando como base una pobreza económica radical, Suiza ha sabido construir uno de los grandes imperios económicos de Europa. Y ello, superando la aparentemente insalvable dificultad de carecer de materias primas, mercado, mano de obra e incluso suelo donde instalar factorías. No pertenece al objeto del presente trabajo hacer un análisis detallado de la economía suiza. Con lo dicho creemos haber apuntado sus rasgos esenciales. «La prosperidad suiza —ha dicho Nordman— no es un accidente, sino la consecuencia de una serie de prodigiosas aventuras en las que la inteligencia, la imaginación, el coraje y, a veces, la violencia han tomado parte»<sup>8</sup>.

#### 2.4. Factores políticos

La Constitución que actualmente rige en Suiza fue puesta en vigor en 1874. Su nota más destacada era la sustitución del anterior *federalismo de estados* por un *estado federativo*. Hasta

<sup>7</sup> TSCHAENI, H., *op. cit.*, pág. 373.

<sup>8</sup> NORDMAN, R., *op. cit.*, pág. 11.

entonces, en efecto, la Confederación Helvética había sido una mera federación de estados, sin cabeza visible desde el punto de vista ejecutivo, lo que producía un evidente estado de desconcierto, de roces y de recelos por parte de los cantones a la hora de coordinar una política común. La solución de este estado de cosas fue el hallazgo fundamental de la Constitución de 1848. Tiene esta Constitución evidentes influjos de la norteamericana, pero con una diferencia esencial: según la Constitución suiza, el poder ejecutivo no lo ejerce una persona, sino un Consejo Federal, compuesto por siete miembros, presidido por uno de sus componentes, el cual es considerado rigurosamente como *primus inter pares* y sin que su designación obedezca a otro mecanismo que un turno de rotación. En definitiva, el poder, en la Confederación Helvética, lo ejerce el pueblo, del cual son consideradas mandatarias todas las autoridades electivas, tanto cantonales como federales.

Este ejercicio del poder por el pueblo no es, en Suiza, una mera palabra, sino algo muy real que encuentra su más feliz concreción en la denominada «democracia directa». Tal realidad se ilustra por la enumeración de algunos de los derechos que, con todo celo, son ejercitados por el pueblo suizo a través de sus mecanismos políticos: revisar total o parcialmente la Constitución; promulgar o modificar leyes; decidir en las cuestiones que afecten a puntos vitales de la vida nacional (acuerdos internacionales, por ejemplo) y elegir a sus autoridades de forma directa. En orden al ejercicio de tales derechos existen dos mecanismos fundamentales que son profusamente puestos en marcha: el *referéndum* y la *iniciativa*. El primero tiene la misión fundamental de controlar —aprobándolas o rechazándolas— las decisiones elaboradas por el gobierno: la *iniciativa* presupone la posibilidad de que una decisión surja del propio pueblo y, en caso de ser aprobada por el referendo de los ciudadanos se convierta en ley para que una iniciativa desemboque en un referéndum basta con que se aporten 50.000 firmas válidas). Es necesario añadir que los medios de difusión, profun-



damente vinculados a una información veraz y completísima, el juego de los partidos políticos y un sinnúmero de asociaciones de todo tipo, cuya libertad y autonomía están totalmente garantizadas, completan una amplia gama de factores en virtud de los cuales el pueblo suizo tiene un acceso efficacísimo al control de los mecanismos del poder.

En orden a la comprensión de la vida política de la Confederación Helvética es preciso aclarar que ésta tiene su auténtico punto de partida en la comunidad local o municipio (*la commune*) la cual, por una especie de delegación largamente gestada, cede una parte de sus atribuciones al cantón y éste, a su vez, realiza una delegación semejante en la Confederación. Y así se lleva a cabo un sutil y complicado juego de equilibrio de fuerzas en virtud del cual ninguna autoridad tiene todos los poderes y, a la vez, todas las entidades ejercitan algún tipo de poder. El municipio, de tan fundamental importancia, no se limita a ser un órgano subalterno del Estado, sino que es una institución de derecho público que se da sus propias leyes, organiza su administración y tiene sus propias competencias. Se trata, en definitiva, de un estado en miniatura. Hay en Suiza más de 3.000 municipios, de los cuales el más pequeño (Illens, en el cantón de Friburgo) tiene 11 habitantes y el más grande, Zurich, algo más de 420.000.

Los cantones, por su parte, son estados soberanos dentro de la Confederación; poseen constitución, legislación y jurisdicción propias. No obstante es preciso señalar que la soberanía de los cantones, en su estricto sentido jurídico, se halla limitada por su incardinación en la Confederación. En términos reales, los cantones son subdivisiones de la Confederación. Hay en la Confederación 22 cantones, de los cuales tres están divididos en mediocantones, por lo que, de hecho, la Confederación Helvética está formada por 25 estados.

Se da, por supuesto, una fluida corriente que anima la comunicación entre estos tres estamentos fundamentales (Municipio, Cantón y Confederación); pero existen también ciertas

dificultades, originadas, sobre todo, por el enorme celo localista del pueblo suizo y por su desconfianza ante todo aquello que viene de lejos. A pesar de todo, la vida política da señales de una madurez sólidamente arraigada. Unas palabras de Rohr, ilustran de forma clara lo que hasta aquí se ha insinuado: «Elaborada en este sistema lento y prudente, en el que se realiza un esfuerzo por evitar choques y reacciones brutales, la decisión política no aparece, en definitiva, nada más que como el resultado de una serie de transacciones destinadas a satisfacer los intereses divergentes de los grupos sociales y profesionales»<sup>9</sup>.

No se puede concluir el examen de los condicionantes políticos de Suiza sin aludir a una cuestión fundamental: la neutralidad.

La neutralidad suiza, de forma definitiva, se consagra en 1815 en el Congreso de Viena, aunque ya era practicada desde el siglo XVI. De hecho, la neutralidad suiza, a pesar de todas las vicisitudes por las que ha pasado, ha constituido el ingrediente fundamental de la imagen del país en el mundo entero, hábilmente utilizada, por otra parte, para beneficiarse de un *status* especial de simpatía y pacifismo dentro y fuera de sus fronteras. Durante más de 150 años Suiza ha sido un codiciado refugio para los exiliados políticos de todo el mundo, pero también para los capitales que muchas veces los acompañaban. Justo es reconocer que acaso lo segundo ha sido mera consecuencia de lo primero y que sólo un pueblo de la enorme capacidad de asimilación y de tolerancia como el suizo podría haber acogido en su seno a representantes de las más opuestas tendencias políticas. Pero también es preciso reconocer que su neutralidad ha proporcionado a Suiza un papel importantísimo de «potencia gris», basado esencialmente en los beneficios materiales de las aportaciones llegadas a su suelo y el salvoconducto que para sus productos ha supuesto el proceder de un país abierto a todos y

---

<sup>9</sup> DOHR, J., *La Suisse contemporaine*, París, 1972, pág. 201.

que no condena a ninguno. Hasta tal punto es así que, con exquisito tacto, el pueblo suizo ha renunciado a formar parte de las Naciones Unidas y de la Comunidad Económica Europea; y ello para no arriesgar ni la posibilidad de poner en juego su tradicional, duradera y beneficiosa neutralidad.

## 2.5. *Factores sociológicos*

La Confederación Helvética se componía, según el censo de 1970, de 6.300.000 habitantes aproximadamente; habida cuenta de su extensión superficial, en principio su densidad de población no es de las más elevadas de Europa (algo más de 150 habitantes por kilómetro cuadrado). Ahora bien: si se tiene en cuenta por una parte que hay más de un millón de extranjeros en el país, y por otra que al menos la cuarta parte de su suelo es absolutamente inhabitable, resulta una densidad real que se aproxima a los 250 habitantes por kilómetro cuadrado. Por lo demás, la elevadísima proporción de extranjeros residentes, que en 1970 se aproximaba al 16 por 100 de la población nacional, añadido al considerable volumen de turismo exterior, han convertido el escaso suelo suizo en el más cadente problema del país. Un implacable proceso de urbanización resta cada día vitales metros cuadrados a una naturaleza y una agricultura que comienzan a ser deficitarias en términos preocupantes.

Una cierta relación con este hecho tiene lo que pudiera denominarse la diáspora suiza, es decir, los ciudadanos suizos que viven y trabajan fuera del país. Son, en números redondos, 300.000 según cifras oficiales. Se trata de todo el personal técnico, administrativo y profesional que las empresas suizas establecidas fuera de sus fronteras tienen al frente de ellas. En el fondo, este hecho es la expresión de la especialísima forma de expansión practicada por Suiza, llevada a cabo por el pacífico

y necesario medio de la exportación de instalaciones industriales que, desde muchos puntos de vista, enriquece al país sin perjudicar su suelo. Hasta tal punto empieza a ser importante el número de suizos residentes en el extranjero que ya se habla, al referirse a ellos, de la *Quinta Suiza*, como un añadido sustancial a las cuatro ya existentes (la francesa, la alemana, la italiana y la reto-romanche).

Puede afirmarse con relativa soltura que una de las características más acusadas de la sociedad helvética está en la coexistencia en su seno de un conglomerado de minorías milagrosamente unidas por invisibles lazos en torno a un objetivo común.

Un primer grupo por orden de importancia lo constituyen las minorías lingüísticas. Las tres cuartas partes de la población hablan alemán y naturalmente alguno de los innumerables dialectos locales. El resto de los ciudadanos se expresan en francés, italiano o reto-romanche. Son cuatro grupos lingüísticos que coinciden con las cuatro grandes ramas étnicas del país. Este fenómeno da lugar a una cierta dificultad de comunicación que ha sido perfectamente expresada por Jean Rohr con estas atinadas palabras: «El contacto psicológico espontáneo entre confederados de origen lingüístico diferente resulta incómodo»<sup>10</sup>.

Las diferentes confesiones religiosas dan origen a otro importante grupo de minorías. En cifras globales aproximadas, el 40 por 100 de la población es católica, mientras un 57 por 100 de la misma pertenece a diferentes confesiones protestantes. El resto se distribuye entre adherentes de otras religiones y no creyentes. Aun cuando la Constitución establece de una forma clara la neutralidad de la Confederación en materia religiosa y garantiza de forma terminante la libertad absoluta de conciencia y de creencia, estos principios, a nivel cantonal, se hallan muy matizados en función de la minoría local predominante. La situación de conflicto latente en la sociedad helvética por razones

---

<sup>10</sup> *Id. Ib.*, pág. 87.

de religión ha tenido hasta fechas muy recientes una expresión muy gráfica en los artículos confesionales (el 51 y 52 de la Constitución), en virtud de los cuales se prohibía a los jesuitas establecerse en el país como organismo y fundar nuevos conventos. El contenido de estos artículos ha sido anulado por referéndum popular en 1973, dando fin a la solución aplicada tras la guerra denominada del «Sonderbund» (1847), en la que los cantones católicos, aliados entre sí, fueron reducidos por las tropas federales en la última y breve guerra civil que ha sufrido el país.

A partir de 1951 se emprendió en Suiza una política de apelación masiva a la mano de obra extranjera con vistas a la urgente ampliación de las estructuras industriales del país. En algo más de 20 años el volumen tradicionalmente elevado, de mano de obra extranjera, se ha visto enormemente incrementado hasta el punto de alcanzar un porcentaje solamente superado en Europa por Luxemburgo. Ciertos defensores del espíritu helvético han visto en la masiva invasión que supone el enorme volumen de la masa trabajadora extranjera un grave peligro que es necesario controlar. En 1963 comenzó ya la Confederación a tomar medidas de control y de freno. Actualmente trabajan en Suiza más de un millón de extranjeros. «La saturación de población extranjera ha alcanzado, pues, en Suiza una cota particularmente elevada, y el poder de asimilación de nuestro pueblo, así como su tolerancia, se encuentran sometidos a dura prueba»<sup>11</sup>. Una importante manifestación de esta situación de conflicto tuvo lugar durante los años 1969 y 1970 a raíz de la votación originada tras la denominada «iniciativa Schwarzenbach», denominación debida a su autor, político de tendencia derechista, fundador y líder del partido denominado *Acción Nacional contra la Empresa Extranjera sobre el Pueblo y la Patria*. La iniciativa fue lanzada en mayo de 1969. Su contenido fundamental consistía en una rígida limitación a un 10 por 100 sobre la población nacional de los residentes extranje-

---

<sup>11</sup> TSCHAENI, H., *op. cit.*, pág. 375.

ros. El triunfo de la iniciativa hubiera supuesto la expulsión automática de más de 300.000 trabajadores extranjeros. La votación tuvo lugar el 7 de junio de 1970 y fue rechazada por un escaso margen del 54 por 100 de votos en contra por un 46 por 100 a favor. Este simple dato es claramente iluminador sobre la permanencia del problema <sup>12</sup>.

Suiza, por otra parte, no tiene manifestaciones agudas de lo que en los países occidentales se designa, de forma genérica, con la denominación de «problema social». En 1937 las fuerzas del capital y del trabajo de las ramas de la metalurgia y la relojería firmaron un acuerdo denominado desde entonces *Paz del Trabajo*, en virtud del cual ambas partes renunciaban recíprocamente al uso de medidas de violencia (huelga, boicot y lock-out) en los conflictos laborales. Hubo un desembolso, como medida de garantía, por ambas partes, de 250.000 francos. Esta medida de increíble sagacidad y pragmatismo ha librado a Suiza, durante cerca de 40 años, del derroche más grave que tienen en su interior las sociedades democráticas occidentales.

Hemos enumerado algunos rasgos particulares de la sociedad helvética que, de alguna forma, perfilan, aunque muy esquemáticamente, su fisonomía. Basten dos palabras para terminar este apartado: A pesar de las manifestaciones que hemos enumerado de lo que algún autor ha llamado «el malestar helvético», lo cierto es que la sociedad suiza, al menos hasta el presente, viene dando pruebas de estabilidad y solidez frente a ciertos inconvenientes que en otras latitudes harían imposible la convivencia. El hecho de aglutinar en su seno, sin graves distorsiones, a cuatro razas, cuatro lenguas y varias confesiones religiosas, sin tener por otra parte, una configuración territorial forzosamente unida, constituye una prueba de lo que, según la

---

<sup>12</sup> Para ampliar las referencias generales al problema de la mano de obra extranjeras, cfr. BATANAZ PALOMARES, L., *Algunas consideraciones sobre los problemas educativos de las minorías laborales emigradas*, en REVISTA ESPAÑOLA DE PEDAGOGÍA, n.º 120, octubre-diciembre de 1972, págs. 372-399.

concepción de uno de los principales ideólogos del país, Denis de Rougemont, podría denominarse espíritu imperial<sup>13</sup>.

## 2.6. *El «carácter» suizo*

Los dos valores fundamentales que la historia ha decantado en el espíritu suizo son el sentido corporativo y la resistencia al cambio. Ya, cuando nos ocupamos de los factores históricos y geográficos, dimos algunas referencias para situar ambos rasgos, que ahora ponemos como base de lo que se podría denominar carácter suizo.

Dichos rasgos tienen manifestaciones muy claras. En primer lugar hay una enorme gama de asociaciones en el país que, virtualmente, hacen inexistente la actuación en solitario; en segundo lugar, la resistencia al cambio explica que el pueblo suizo se muestre extraordinariamente reservado ante todo aquello que procede de más allá de su propio y conocido marco de referencia. En cierto modo, podría decirse que se trata de un pueblo conservador, si no fuera por el tinte peyorativo que a veces tiene este término.

Por otra parte, como lo ha expresado impecablemente William Martin «el pueblo suizo manifiesta poco gusto por los debates especulativos, por las discusiones de ideas, por los problemas abstractos. Se preocupa mucho más por las medidas prácticas destinadas a asegurar su bienestar... Pero lo hace con moderación, con sabiduría, con su tradicional sentido común»<sup>14</sup>.

Suiza tiene, además, la conciencia de hallarse en una especial situación con respecto al resto de los países europeos. Una cierta conciencia de aislamiento, al propio tiempo que una imperiosa necesidad de estar presente en Europa, han creado en el espíritu suizo una actitud de reserva, de aparente indiferencia que no son sino el reflejo de una profunda y reflexiva actitud meditadora para escrutar, una y otra vez, su propia senda. Sui-

<sup>13</sup> Cfr. ROUGEMONT, D., *Lettre ouverte aux européens*, París, 1970.

<sup>14</sup> MARTIN, W., *Histoire de la Suisse*. Lausanne, 1963, pág. 343.

za creó en 1291, en el corazón de la Europa feudal, un islote democrático de campesinos, y en 1848, cuando la mayor parte de los estados europeos no habían superado la etapa monárquica y conservadora, instituyó un estado liberal moderno. Así, pues, en cierto modo, Suiza ha vivido, históricamente, al margen de los pueblos que la rodean, constituyendo una entidad propia de personalidad acusadísima. Ahora bien: este rasgo ha producido dos consecuencias interesantísimas. Por una parte, una hipersensibilización del espíritu suizo hacia la información procedente de más allá de sus fronteras (la prensa suiza es la más seria y mejor informada del continente); por otra parte, un complejo de inferioridad desde el punto de vista cultural, justamente por no haber tenido ocasión de reflejar en sí misma las grandes corrientes culturales de Europa. Hoy como ayer, y a pesar de cuantos contactos se ven obligados a mantener con el extranjero, los suizos se muestran reservados y prudentes. Y hacen gala, dentro de su alto nivel de vida, de costumbres sencillas y moderadas. Acaso sea en la vida pública donde con más nitidez aparece este carácter modesto de la comunidad helvética. No hay exhibición alguna de inútil boato en las manifestaciones de las autoridades. Sólo lo estrictamente necesario. Se cuenta de un Consejero Federal que, cuando le preguntaron por qué viajaba en tercera clase, respondió: «Porque no hay cuarta»<sup>15</sup>.

Ahora bien, «es en el campo económico donde reside nuestra fuerza»<sup>16</sup>. Esta afirmación de Hans Tschaeni define, de forma lacónica, pero perfecta, el auténtico motor del espíritu suizo. Pero con un matiz esencial que necesitamos subrayar una vez más; ha sido la miseria angustiosa lo que ha llevado al pueblo suizo a su bienestar actual. Y este pueblo tiene una conciencia meridiana de la perenne contingencia a que se halla sometida su riqueza. Esa es la razón última de su extremada prudencia, cuyas derivaciones principales están, por ejemplo,

---

<sup>15</sup> HUBER, H., *How Switzerland is governed*, Zurich, 1968, pág. 51.

<sup>16</sup> TSCHAENI, H., *op. cit.*, pág. 373.



en ser uno de los pueblos más ahorradores y previsores del globo. La práctica continuada y feliz de lo que Nordman ha llamado el «marketing del pobre» ha hecho de cada suizo un gestor de su propio nivel de vida.

## 2.7. *El futuro*

Por aquí desembocamos en un apartado que tratándose de Suiza es necesario mencionar, es decir, los aspectos prospectivos de la sociedad helvética de más señalada significación para las estructuras educativas. Ciertos estudios en este dominio, abundantes, por lo demás, en el país, han señalado algunas tendencias que parecen indicarse como posibles de entre las cuales vamos a detallar como más interesantes las siguientes<sup>17</sup>:

1. Ligera disminución del ritmo de crecimiento de la población.
2. Leve disminución del número de jóvenes y como consecuencia envejecimiento considerable de la población.
3. Aumento progresivo de la incorporación al trabajo de las mujeres entre 35 y 60 años una vez que los problemas de la crianza y educación de los hijos están resueltos.
4. Aumento de la movilidad intercantonal de la población.
5. Penuria crónica de mano de obra y necesidad consiguiente de revisar las actitudes propias hacia sectores laborales imprescindibles, tales como la mano de obra extranjera y las mujeres casadas.
6. Disminución del empleo en el sector Primario y aumento en el sector Terciario, con las consiguientes repercusiones en el aumento de necesidades de cuadros dirigentes y de empleados altamente especializados.

---

<sup>17</sup> Cfr. GRETHER, A., y otros, *op. cit.*, págs. 50-52.

7. Mantenimiento o quizá afianzamiento de la función educadora de la familia.
8. Disminución progresiva de la jornada de trabajo con la consiguiente repercusión en el aumento del tiempo de ocio.
9. Necesidad de pasar de una expansión económica extensiva a una expansión en intensidad.
10. Tendencia a poner en duda el crecimiento económico como valor supremo.

Es muy probable que cada uno de los apartados suscritos merezca un comentario especial dada la clara derivación que tienen todos ellos hacia determinados aspectos del sistema educativo. No obstante vamos a prescindir de tales comentarios en aras de la brevedad exigida por las características del presente trabajo y, además, porque en lo que digamos después irán comprendidos, aunque sea de forma implícita.

Nos ha parecido oportuno, para terminar con este apartado, hacer referencia a lo que sus autores han denominado «los fines de la educación».

A través de tres sesiones de *Brainstorming*, y por medio del examen de los postulados de los partidos políticos y las Iglesias suizas, el equipo de trabajo encabezado por Gretler que llevó a cabo el encargo del *Groupe romand pour l'étude des techniques d'instruction* (GRETI) para elaborar un informe sobre la educación permanente en Suiza, sintetizó en varios puntos las finalidades fundamentales que en la actualidad pueden estimarse como los resortes básicos de la educación helvética. Tales puntos, expuestos de forma resumida, son los siguientes<sup>18</sup>:

1. Incremento del ejercicio de la libertad ciudadana.
2. Desarrollo de la autonomía personal.

---

<sup>18</sup> *Id. Ib.*, págs. 54 y sig.

3. Proporcionar a cada individuo una formación adecuada a sus capacidades individuales.
4. Perfeccionamiento de la orientación escolar, personal y profesional.
5. Desarrollo del sentido de la creación y de la imaginación.
6. Desarrollo del espíritu crítico.
7. Incremento de la comprensión entre las diferentes generaciones.
8. Asegurar en los ciudadanos las facultades necesarias para mantener la capacidad competitiva de la economía del país.
9. Incremento de los esfuerzos necesarios en favor de una educación postescolar eficaz y continuada.
10. Defensa de la familia como fundamento de la comunidad y del desarrollo armónico de los jóvenes.

Lo enumerado más arriba nos sirve para cerrar las consideraciones que hasta aquí hemos venido realizando sobre los factores de la educación en la Confederación Helvética. Por lo demás nos ha sido útil para introducirnos de la mano en la parte siguiente de nuestro trabajo.